

Eje temático: Discurso Político.

Lic. Julia de Diego

Conicet/IdIHCS

juliadediego@yahoo.com.ar

Reflexiones en torno al discurso político y la politicidad de la prensa

Para los que somos ávidos consumidores de los medios de comunicación, es casi un razonamiento cotidiano pensar en los periódicos como actores políticos. Atendemos diariamente al cruce de munición pesada que construye un discurso controversial entre el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner y las páginas de Clarín y La Nación, respecto de temas centrales de la agenda.

Si nos posicionamos como *observadores de segundo orden*¹, identificamos analistas de las ciencias sociales que estudian el rol de los medios en tanto *actores políticos* o *adversarios políticos*, para abordar la posición del periodismo respecto del poder del Estado. Es en este contexto que nos preguntamos ¿qué hay de la lógica de la política en la participación de los periódicos en el espacio público? Puntualmente respecto del nivel simbólico, ¿qué hay de común y de diferencial entre las lógicas de producción, circulación y reconocimiento de sentidos entre los discursos políticos y mediáticos? Podemos decir, en principio, que ambos comparten la dimensión polémica en la producción de sus discursos.

Para entender qué hay de político en el discurso periodístico es central identificar qué entendemos por discurso político. La pregunta acerca de su definición viene siendo una cuestión problemática en el contexto de la acelerada complejización de nuestras sociedades. Queremos decir que, en épocas anteriores de dominio de las democracias liberales, las fronteras entre lo que

¹ Para hablar de la posición del analista respecto de sus objetos, Luhmann habla de dos órdenes de observación. La posición de mero consumidor es denominada como observador de primer orden. Este no percibe la determinación histórica de los comportamientos de observación; cree que su observación es absoluta: lo ve todo, salvo, su propia actividad y, por lo tanto, olvida su propia contingencia. El analista de los procesos sociales es un observador de segundo orden. Es un observador de observaciones. (Luhmann, 2005)

tradicionalmente se concebía como el campo político, diferenciado de otros espacios como el campo periodístico o el publicitario, podían reconocerse con mayor claridad. Actualmente, aquel estado se ha modificado sustancialmente y las diversas teorías han avanzado en explicar a las nuevas comunidades en su relación con la política y, por ende, la naturaleza de su discursividad.

Hay quienes señalan que la política empapa todos los niveles de lo social en tanto construcción contingente del orden. También encontramos análisis que, a la inversa, hablan de procesos de mediatización de las prácticas sociales y políticas. Asimismo, se resalta la imbricación creciente de las lógicas del marketing en las propuestas comunicativa de la política.

En este sentido, resulta difícil encontrar acuerdos en torno a una concepción sobre el discurso político. Las posturas analíticas se inscriben en un continuum que va desde planteos que proponen a la articulación significativa de la sociedad como eminentemente política hasta las visiones restringidas que piensan al discurso político como monopolio de los actores que operan en instituciones del Estado o que luchan en el espacio público por acceder a ellas; pasando por otros autores que piensan el rasgo distintivo de la palabra político en la acción performativa de construcción de colectivos sociales.

En tanto fenómeno determinado fuertemente por las condiciones concretas de los procesos sociales y políticos, nos interesa situar el análisis en el caso argentino. En nuestro contexto, los medios de comunicación se han ubicado en ciertas crisis políticas, (como lo fue el conflicto entre el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner y el sector agropecuario en 2008), como verdaderos críticos políticos, intercalados con una oposición carente de proyectos y fuerza política. Asimismo, la presidenta y el ex mandatario Néstor Kirchner han dado una centralidad retórica a la acción de los medios, a partir de una interpelación directa a su discurso como verdaderos enemigos del pueblo, y mediadores que obstaculizan la relación directa entre la gestión y los argentinos.

Podemos palpar un sentido común, una observación de primer orden, que lee el conflicto en términos de dos polos contrapuestos que disputan poder político en el espacio público. Sin embargo, nos preguntamos ¿es esto posible? Es decir, si es cierto que la voz de los medios ocupa un lugar de oposición ¿a quiénes representan? ¿por qué proyecto político luchan? ¿qué lógicas de producción de sentido predominan? ¿son procesos homologables a lo que sucede en el campo político?

Un poco para desalentar, confirmamos que no se encuentran aquí las respuestas a todos los interrogantes que delineamos. Sí partimos de estos planteos para organizar una exposición en tres bloques: a) sistematizar (a grandes rasgos) algunas definiciones acerca del discurso político; b) proponer (arriesgar) una posible articulación entre los aportes de algunas de las perspectivas que permitan densificar la definición; c) recuperar y redefinir la idea de politicidad como categoría que nos permita dar cuenta de la dimensión política que está presente en el discurso de los medios gráficos, materializada puntualmente en marcas lingüísticas del discurso polémico.

1- ¿Qué es el discurso político?

En un trabajo que realizamos colectivamente para las Jornadas de debates actuales de la Teoría Política Contemporánea de 2011 (Fernández, et. al., 2011), planteábamos pensar en la condición de posibilidad de un discurso político más allá de sus fronteras institucionales, es decir, como producto emanado por fuera del sistema político. En este sentido, nos preguntábamos qué es lo que hace que un discurso pueda considerarse político, teniendo en cuenta los aportes de Benjamín Arditi (2007) en torno a dinámicas políticas post-hegemónicas y de Bruno Latour (2003), respecto de la palabra política como constructora de agregados sociales. En aquella presentación, arribamos a diversos interrogantes, considerando repensar la noción restringida e institucional de la politicidad discursiva, a partir de hipótesis provenientes de campos de conocimiento que no pertenecen a los estudios del discurso.

La teoría política nos permitió dar cuenta de un enfoque que se basa en la distinción que el post-estructuralismo reformuló con la lectura de Schmitt entre *lo político* y *la política*, entre un nivel ontológico que expresaría el antagonismo constitutivo de las sociedades humanas, y el conjunto de las prácticas e instituciones que ordenan la existencia social (el nivel óntico). (ver: Marchart, 2009)

Hoy, buscamos continuar en la línea y sistematizar algunas concepciones en torno al discurso político, para poder luego, reconocer sus regularidades. Con un criterio que apunta a los niveles de observación que cada teoría propone para su definición, construimos tres conjuntos (heterogéneos y arbitrarios en su clasificación) de concepciones: Lingüísticas; políticas/institucionales; sociales/estructurales/relacionales.

La característica aglutinante del primer grupo de definiciones radica en que sus exponentes proponen construir una definición de discurso político a partir de elementos

lingüísticos de la palabra oral o escrita, es decir, operaciones propias, exclusivas y distintivas de este tipo de discursividad. Citamos los trabajos de Paul Chilton y Christina Schäffner (1997) y Paolo Fabbri y Aurelia Marcarino (2002).

La primera publicación afirma que el discurso político se constituye a partir de un uso particular que los actores hacen de la lengua. En ese sentido, se dice que es posible identificar ciertas propiedades lingüísticas y vincularlas con acciones que, intuitivamente, refieren a la política. Esto remite al poder o a su opuesto, la resistencia.

Enmarcados en la teoría de los actos de habla, Chilton y Schäffner proponen que hay ciertas *funciones estratégicas* específicas de discurso político que lo diferencian de otros tipos de discursividades. Estas son las de *coerción* (sanciones, órdenes, leyes, etc.); *resistencia, oposición y protesta* (discurso de quienes carecen de poder: graffitti, eslóganes, cánticos, solicitudes, etc.); *encubrimientos* (control de la información: secreto/censura, evasivas y formas de negación, omisión de la referencia a los actores); *legitimación y deslegitimación* (comunicación lingüística de las razones de la obediencia: argumentos en torno al deseo de los votantes, principios ideológicos generales, proyección de un liderazgo carismático, autopresentación positiva. Los otros son presentados negativamente: fronteras y actos de habla como culpar, acusar, insultar).

La apuesta por pensar en rasgos lingüísticos definitorios del discurso político no ata a los textos con sus condiciones de producción institucionales, ya que lo que lo define son estrategias discursivas presentes en los materiales de análisis. En este sentido, los autores admiten que son funciones habituales de la vida social en general las que, al ser analizadas en términos de funciones estratégicas, “equivale a considerar políticamente dichos comportamientos, a politizarlos.” (1997: 306) En otras palabras, la politización borró las fronteras entre la política institucional y no institucional.²

Paolo Fabbri y Aurelia Marcarino (2002) también presentan la validez de la categoría discurso político, en términos de “pertenencia semiolingüística.” Los autores refutan la concepción del discurso como representación de lo real, y asumen que se trata de un *discurso de campo*, destinado a llamar y a responder, a disuadir y a convencer; un discurso de hombres para transformar hombres y relaciones entre los hombres.

² Los autores presentan dos tipos de discurso político, a partir de los que dan cuenta de la existencia de esta discursividad por dentro, pero también, por fuera de las instituciones políticas. El primero es el *discurso metapolítico*, en el que se tratan ideas políticas, creencias y prácticas sociales. El segundo contiene a los *textos que promueven el surgimiento de una comunidad*, grupo político o ideológico o partido. Incluye diversos tipos de discurso: intraestatal, interestatal, discurso político interior, etc. (Chilton y Schäffner, 1997)

Se habla del discurso político a partir de rasgos característicos de todo discurso, como son los dispositivos de enunciación, la construcción de la destinación y los actos de habla, lo que sí se define como una característica distintiva, es que se trata de un “discurso de guerra”, cuya potencia se define por los adversarios en el campo: es un discurso polémico conflictual. Esto indica que los movimientos son eventos cumplidos en y por el lenguaje que, necesariamente, se debe restringir la definición a la dimensión textual y no contextual. Si hubiera intertextualidad, dicen los autores, se descubrirá en el interior del discurso político.

Inspirados en la semiótica greimasiana, postulan como necesidad elaborar esquemas generales para analizar los discursos, de manera que les permitan disminuir la dependencia de los materiales empíricos. Esta sería una gramática estratégica específica, la cual permitiría aislar rasgos enunciativos y relaciones entre enunciados que definan las confrontaciones la combinación de acciones de ataque y defensa y la finalidad política.

En segundo lugar, retomamos otro conjunto de concepciones que proponen una visión del discurso político determinada por sus condiciones institucionales de producción. Lo definen como una materia significativa (predominantemente lingüística) construida por actores que son parte de las instituciones del Estado o que luchan en el espacio público por acceder a ellas. Comentamos brevemente los planteos de Patrick Charaudeau (2002), Eliseo Verón (1987), y parte de la concepción de Pierre Bourdieu (1984, 1984a, 1986).

La preocupación del primero de los autores se centra en la relación entre discurso, poder y acción y asume que una teoría del discurso debería concentrarse en los vínculos que entretejen estos tres fenómenos. En este marco, interpreta al discurso político como producido siempre (al igual que cualquier otro discurso) en una situación de comunicación. Por eso, depende para generar su significado de las finalidades que esta situación determina y los tipos de destinatario que define. Estas últimas pueden ser tres:

- a) *Crear comunidades de opinión*, como acción orientada a construir un fundamento para pertenencias ideológicas, que se vincula con la generación de una doxa, referida a creencias compartidas y una memoria común.
- b) *Crear comunidades comunicacionales*. Consiste en tratar de influir en las opiniones de los actores que participan en la escena de la comunicación política para establecer consensos. Es el discurso de la retórica o la influencia, empeñado en construir imágenes y efectos.

- c) *Crear un discurso acerca de lo político; sin objetivo político.* Efectuar comentarios o expresar opiniones que producen un “efecto de discurso político”, pero se mantiene al margen de la acción política. Esta es la palabra de los periodistas. (Charaudeau, 2002)

Para este autor, el discurso político posibilita, justifica y transforma la acción política. En sus palabras, “La cuestión de fondo para el análisis del discurso político es la de saber en qué medida este es susceptible de revelar en qué consiste la realidad del poder, de un poder que es, en gran parte, acción.” (2002: 122)

En segundo lugar, citamos la concepción de Verón como otra de las que vinculan a la producción discursiva con las instituciones políticas. Según se explica, una teoría de los discursos sociales parte del supuesto de que las unidades de análisis deben estar asociadas a condiciones sociales de producción más o menos estables. En este sentido, dice el autor que “parece lógico situarse dentro del marco de contextos institucionales fácilmente identificables y, sobre todo, respecto de los cuales existen desarrollos teóricos abundantes, como es el caso del sistema político en las sociedades democráticas.” (1987: 14)

Con cierta similitud a lo que veíamos en el planteo de Fabbri y Maccarino, Verón habla de la necesidad de construir una “tipología” de los discursos sociales, que permita abstraer características definitorias de cada tipo de discurso. Se refiere a reconocer un “núcleo invariante” que contribuya a clasificar e interpretar los materiales empíricos. En este camino, se pregunta por las fronteras que hacen a la especificidad de los discursos, en un marco en el que los campos discursivos se entrecruzan permanentemente. Así dice que enunciar una palabra política consiste en:

situarse a sí mismo y en situar tres tipos de destinatarios diferentes, por medio de constataciones, explicaciones, prescripciones y promesas, respecto de las entidades del imaginario: por un lado respecto de aquellas entidades con las cuales el enunciador busca construir una relación -los metacolectivos- y por otro respecto de la entidad que funda la legitimidad de la toma de la palabra, el colectivo de identificación. (1987: 23)

Para explicar de qué se tratan los elementos que definen la especificidad de la enunciación política, Verón sistematiza sus características y las organiza en dos niveles: el de la enunciación y el del enunciado.

En el primer grupo, reconoce que el campo discursivo de lo político “implica *enfrentamiento*, relación con un *enemigo*, *lucha* entre enunciadores.” Es en este sentido, que la enunciación política “parece inseparable de la construcción de un *adversario*.” (1987: 16)

Metafóricamente, todo discurso político está habitado por otro negativo que Verón denomina *contradestinatario*, y también construye un Otro positivo, aquel al que el discurso está dirigido, el *prodestinatario*. El análisis del discurso político en contextos democráticos hace que se piense en una tercera categoría de destinación que tiene que ver con el indeciso, el *paradestinatario*; es el sujeto al que es preciso convencer, mediante el uso de la persuasión. Esta propuesta analítica identifica un desdoblamiento a nivel de la destinación característica de la discursividad política, mientras que otros tipos discursivos (como el discurso de la información, publicitario y científica) no presentan esta disociación estructural.³ El discurso político es un discurso de refuerzo respecto del prodestinatario, de polémica respecto del contradestinatario y de persuasión en lo que concierne al paradestinatario.

A nivel del enunciado, se reconocen, por un lado, entidades del imaginario político y, por otro, algunos componentes propios de esta discursividad. En una primera instancia, encontramos dimensiones del imaginario político tales como los colectivos de identificación (nosotros los comunistas, por ejemplo) o más abarcadores (ciudadanos, trabajadores, argentinos), generalmente asociados a los paradestinatarios; meta-colectivos singulares, que resultan más amplios que los colectivos políticos (el país, el Estado, el mundo, el pueblo); formas nominalizadas, que consisten en expresiones con cierta autonomía semántica y que funcionan como fórmulas relativamente aisladas (la otra política, la participación, el desorden, la decadencia); y otras formas nominales (la crisis, el imperialismo).

Los componentes son los que definen las modalidades con las que, en ciertas zonas del discurso, el enunciador construye su red de relaciones con las entidades del imaginario. En su trabajo, Verón reconoce cuatro manifestaciones. Una descriptiva, en la que el enunciador político realiza un balance de alguna situación, a través de un ejercicio constatativo del pasado y la

³ Cada uno de los tipos de destinación reúnen sus características particulares:

1) El destinatario positivo *-prodestinatario-* es aquel que se incorpora a partir de un vínculo con el enunciador basado en una *creencia presupuesta*. Ciertas áreas del discurso político presuponen a alguien que participa en las mismas ideas, los mismos valores y objetivos. Es el partidario. La relación con el enunciador cobra la forma de un *colectivo de identificación*.

2) El destinatario negativo *-contradestinatario-* es a quien el discurso apela, a partir de una hipótesis de *inversión de la creencia*. Esto quiere decir que, lo que es verdadero para el enunciador es falso para el contradestinatario y viceversa. Es ese "otro" discurso que habita el discurso político; es la presencia, latente, de la *lectura destructiva* que define la posición del adversario.

3) El indeciso *-paradestinatario-* resulta de un rasgo estructural del campo político en las democracias parlamentarias occidentales: la presencia de sectores de la ciudadanía que se mantienen, "fuera de juego", dice Verón. Hay en este ámbito del discurso político una *suspensión de la creencia* y un refuerzo de los elementos de persuasión.

situación actual. En segundo lugar, habla de un componente didáctico que, al igual que el anterior, corresponde a la modalidad del saber, pero no a partir de evaluar una situación, sino por enunciar un principio general, una verdad universal, en el plano intemporal de la verdad. El elemento prescriptivo refiere a lo que es del orden del deber, de la necesidad deontológica. Por último, el autor menciona una arista programática que manifiesta la visión a futuro del enunciador político; en esa zona, promete, anuncia, se compromete.

En tercer lugar, hablamos de la perspectiva de Bourdieu que piensa al discurso político vinculado a las condiciones de producción del campo político, sus determinaciones institucionales y sus condiciones de legitimidad. Un discurso político para Bourdieu es el que tiene la capacidad de clasificar, de crear grupos sociales, a partir de condiciones sociales favorables en ese sentido. Pero esta característica no puede funcionar sin el posicionamiento en la estructura de poder que otorgue a los actores la posibilidad performativa en términos políticos, en sus palabras, el “monopolio de la nominación legítima.” (1986)

Se trata de los funcionarios del Estado, quienes imponen el punto de vista institucional, instituido como legítimo, que todo el mundo reconoce dentro de una sociedad. Este cumple las funciones de dar diagnósticos, mediante los que asigna identidades, de dar directivas y órdenes, en tanto discurso administrativo, y, por también, relatar lo que las personas han hecho realmente. El mandatario del Estado es el depositario del sentido común y, en esa acumulación de capital simbólico, deviene en poseedor del monopolio de la violencia simbólica legítima, esto quiere decir, la posibilidad de imponer divisiones sociales, de construir grupos.

Dice Bourdieu que el capital simbólico es el poder impartido a aquellos que obtuvieron suficiente reconocimiento para estar en condiciones de imponer el poder de hacer un nuevo grupo, hablando por él, en tanto que mensajero autorizado. Esta dinámica es posible, dado que hay una “autoridad que funda la eficacia performativa del discurso sobre el mundo social” (1984: 293)

Hay una posición que es obtenida luego de un proceso de institucionalización, al término del cual es instituido un mandatario que recibe del grupo el poder de hacer el grupo. Es el ya clásico *misterio del ministerio* bourdieano, a partir del cual se concibe a las condiciones de posibilidad de la palabra política como un fenómeno de representación. Este consiste en un caso de “magia social” donde una cosa o una persona se transforma en algo distinto de lo que es, donde un hombre (ministro, obispo, delegado...) puede identificarse y ser identificado con un

conjunto de hombres (el Pueblo, los Trabajadores) o con una entidad social (Nación, Estado, Iglesia). El misterio del ministerio encuentra su apogeo “cuando el grupo solo puede existir por la delegación en el portavoz que lo hará existir hablando por él, es decir, en su favor y en su lugar.” (1984: 306) Se trata de una relación circular es la raíz de una ilusión carismática que hace que el portavoz pueda aparecer como *causa sui*.

Por último situamos a los autores que proponen una lectura estructural de la comprensión del discurso político, en el sentido de pensarlo como la emergencia de relaciones, articulaciones o grupalidades sociales. Tiene, en estas teorías variadas, un rol constitutivo de lo social. Nos referimos puntualmente a aspectos más generales de la teoría de los campos de Bourdieu, la perspectiva post-fundacionalista de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (2004) la propuesta de Bruno Latour (2003).

Como anticipábamos, la mirada de Bourdieu complementa una concepción institucionalista y representacional de la producción del discurso político (preocupada por la autoridad y la legitimidad del portavoz oficial) con la percepción de que esta discursividad es determinada por las relaciones sociales que conforman el campo político. Estas últimas refieren a las posiciones de poder que ocupan los actores en lo que denomina como espacio social, a partir de analizar qué volumen del capital global poseen y su estructura de composición, es decir, el peso relativo de las diferentes especies de capital. En esta línea de trabajo, es posible pensar también al discurso político desde una perspectiva de corte más sociológico.

La dimensión significativa de las posiciones de los actores en el campo político interviene (y se conforma a partir de) luchas simbólicas que se dan porque los objetos del mundo social siempre comportan una parte de indeterminación y de imprecisión y, al mismo tiempo, un cierto grado de elasticidad semántica. Hay, entonces, una pluralidad de visiones del mundo que devienen en caldo de cultivo para las disputas por el poder de producir e imponer concepciones legítimas, propias de la discursividad política.

Los agentes sociales tienen representaciones del mundo social con las que contribuyen a constituir la visión de ese mundo y, por lo tanto, la construcción de su contexto busca imponer su propia visión o la visión de su propia posición en ese mundo. Pero respecto a lo que define al discurso político, que es su capacidad para imponer la creación de grupos, dice el autor que

El conocimiento del mundo social y, más precisamente, de las categorías que lo posibilitan es lo que está verdaderamente en juego en la lucha política, una lucha inseparablemente teórica

y práctica por el poder de conservar o de transformar el mundo social conservando o transformando las categorías de percepción de ese mundo. (1984: 290)

En Laclau y Mouffe, encontramos más que una categoría definitoria del discurso político. Observamos que promueven la posibilidad de pensar a la política (lo político) y al discurso como dos dimensiones constitutivas de lo social. Es decir, la concepción de discurso político se vuelve extensiva y se considera condición de posibilidad de todas las prácticas políticas y articulaciones hegemónicas.⁴

Así, cualquier orden social está constituido por situaciones políticas contingentes que se han naturalizado, debido a operaciones hegemónicas mediante las que una particularidad asume el lugar de una universalidad. En este sentido, la política es la categoría central de su movimiento teórico que busca referirse a la conformación, crisis y reconstitución de los órdenes políticos. En este plan, propone un desdoblamiento de la categoría de la política de manera de que, para las dimensiones profundas y constitutivas de lo social, se utilice la categoría de *lo político* y para referirse a lo que tradicionalmente se conoce como el sistema político, con sus instituciones y sus prácticas, se retome el término *la política*.

Cualquier articulación hegemónica se constituye a partir de la categoría de discurso, a la cual Laclau y Mouffe le dan un rol central, en tanto práctica que organiza las relaciones sociales. Los autores asumen que los objetos se constituyen como objeto de discurso y que, por lo tanto, no pueden considerarse “al margen de toda condición discursiva de emergencia.” (2004: 147) No es una discursividad que esté pensando solo en lo lingüístico, sino que es una práctica de articulación que atraviesa “el espesor material de instituciones, rituales, prácticas de diverso orden, a través de las cuales la formación discursiva se estructura.” (Laclau y Mouffe, 2004: 148)

Este discurso se conforma en dentro de un sistema de identidades diferenciales, que solo “existe como limitación parcial de un ‘exceso de sentido’ que lo subvierte. Este ‘exceso’, en la medida en que es inherente a toda situación discursiva, es el terreno necesario de constitución de toda práctica social.” Es el *campo de la discursividad*, el cual determina el carácter necesariamente

⁴ En un trabajo previo planteábamos una crítica respecto de esta perspectiva acerca del discurso político. Esta se sostiene en una ontología que piensa al discurso como parte integrante de lo social y lo define como totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora. Esta postura hace que se trate indistintamente lo lingüístico y lo no lingüístico, con el riesgo de trasladar un principio ontológico y epistemológico al terreno empírico, en el cuál sí es necesaria la distinción. El sentido funciona investido en materialidades que tienen funcionamientos significantes específicos. (Fernández, et al, 2011)

discursivo de todo objeto y la imposibilidad de que ningún discurso determinado logre realizar una sutura última. (Laclau y Mouffe, 2004: 151)

Por último, citamos un trabajo de Latour que nos abre la puerta a pensar, no en una definición específica del discurso político, sino más bien en la condición de politicidad de la palabra política. Es decir, más que un tipo de discurso, habla de una función que se concibe como zona discursiva presente en diferentes tipos de discurso (religioso, periodístico, entre otros).

El interés de este autor radica en determinar cómo se conforman los agregados sociales. Con este plan, parte de hipótesis sociológicas que le permiten pensar en una intervención clave de la politicidad del discurso como elemento que posibilita diversas formas de asociación, no institucionalizadas, en la esfera pública. Decimos entonces que para Latour el discurso político ocupa un lugar irremplazable. Lo político se refiere a la tarea de construcción de asociaciones y el discurso es un medio de articulación social que, en tanto tal, forma instituciones heterogéneas que pertenecen, al mismo tiempo, a regímenes de enunciación distintos.

Se trata de discursos que ponen en juego la existencia de agrupamientos sociales, toda vez que un “nosotros” y un “ellos” regulan una enunciación. Esto se vincula a un registro performativo: sin un discurso dedicado a dar existencia, a agrupar y reagrupar los agregados sociales, lo social sería impensable. Como decía Bourdieu, esto no debe entenderse como una asignación de poderes mágicos al discurso; ningún discurso crea *ex nihilo* una asociación. Pero también se da a la inversa: no hay asociación que sobreviva sin su puesta en discurso.

Por eso, “es necesario abandonar la idea de la existencia garantizada de los grupos.” Estos están siendo continuamente formados y reformados por el “movimiento circular” de la palabra política. (Latour, 2003) No es posible sostener la autonomía de la palabra y la acción, tal como veíamos en la propuesta de Charaudeau.

Para Latour, el discurso político se caracteriza por un *movimiento circular* incesante, mediante el que lo plural deviene singular y lo singular deviene, nuevamente, plural. Este está movilizado por una doble relación: de *representación*, mediante la cual un portavoz puede convertir una multiplicidad (la multitud que lo ha designado como tal) en unidad (un *nosotros*); y de *obediencia*, por la cual la unidad vuelve a convertirse en multitud. Ese movimiento es posible sólo porque cada relación implica una “traición”: la representación no es la réplica exacta de la voluntad de los representados y la obediencia no es la aplicación fiel de los designios del portavoz.

Esta dinámica nos remite al planteo de Bourdieu respecto del vínculo entre el portavoz y el grupo que antes comentábamos. Pero, en este caso, el discurso político no es exclusividad de la esfera política, aunque su definición presupone un tipo determinado de vínculo de delegación entre dos entidades (uno/muchos) que hacen pensar fácilmente en la acción política tradicional.

2- La multideterminación de los discursos políticos

Tras el recorrido que propusimos (siempre parcial y arbitrario) entre las concepciones acerca del discurso político, notamos que en mayor o menor medida cada una de ellas presenta sus limitaciones. Y esto probablemente suceda, no solo porque los discursos sociales son heterogéneos y constitutivamente interdiscursivos⁵ como para pensar en una única dimensión desde donde abordarlos, sino también por la profunda y acelerada complejización de sus condiciones de producción, circulación y reconocimiento.⁶

Veámos en el inicio que hay otros discursos que se pretenden políticos como por ejemplo el de los medios de comunicación. Buscamos discutir esta autodefinición, no porque no sean polémicos a nivel de las operaciones discursivas, ni porque no construyan posibles instancias de reconocimiento y colectivos, sino porque sus lógicas productivas son radicalmente diferentes a las políticas. Siguiendo a Verón, interpretamos lo que ocurre en Argentina y decimos que el discurso mediático está determinado por las lógicas del corto plazo, de la información como mercancía y solo construyen colectivos difusos cuya unidad responde a su posición en tanto consumidores de cierta información.

⁵ Authier-Revuz (1984) se basa en el dialogismo de Bajtin para construir su concepto de heterogeneidad constitutiva de los discursos. Dice que cada discurso es producto del interdiscurso, por lo que no sería solo un espacio para la palabra del otro, sino que se constituye mediante una discusión con lo otro, independientemente de toda huella de citas o alusión explícita de la palabra ajena.

⁶ En su trabajo “Mediatización de lo político” (1998) Verón interpreta la década del '80 como momento en que se acelera la mediatización de lo político (con la televisión como soporte central) y se inicia la crisis de legitimidad de lo político. Hubo allí una disociación entre los campos político y económico que restringió las posibilidades de trabajo a largo plazo en la política. Asimismo, se dio un fortalecimiento de la centralidad de los medios de comunicación, que impuso una lógica unidimensional del corto plazo, mediante una información que comienza a concebirse como mercancía. En este proceso, los medios se ven tentados a sustituir a las instituciones políticas en decadencia.

Paralelamente se da una evolución de la comunicación política, en favor de la lógica unidimensional del target, la cual opera con la centralidad del marketing. Dice Verón que hay un “sentido profundo de la crisis de legitimidad de lo político” que se basa en “la decadencia del campo donde se ejercía la gestión de los colectivos de largo plazo (el de lo político) y, por otro, al dominio creciente de otro campo (el de los medios) esencialmente orientado por la gestión de los colectivos de corto plazo” (1998: 203)

¿Y el discurso político? ¿de qué se trata? Parafraseando a Verón pensamos que es necesaria la construcción de una tipología de los discursos que permita trazar sus núcleos regulares, más allá de sus infinitas variaciones e interrelaciones. Una de las condiciones de posibilidad de esta palabra política, con la cual coinciden varios de los autores, es que adquiere la capacidad de construir colectivos sociales, a partir de condiciones socio-históricas que lo permitan.

Decimos en este sentido que los límites del discurso político pueden redefinirse si tenemos en cuenta los tres niveles mediante los que se ha pretendido conceptualizarlo: como conjunto significativo constituido con particularidades presentes en la superficie textual, su dimensión política y sus determinaciones y funcionamientos sociales. Son tres aristas interdependientes que nos permiten problematizar una concepción compleja de la discursividad política. En otras palabras, pensamos (al menos intuitivamente) que es necesario recabar información de los tres ámbitos para que sea posible una delimitación.

Dimensión material

La primera es una dimensión *material* que nos permite abordar las propiedades discursivas que resulten huellas de operaciones propias de la política. Provisoriamente podríamos citar:

-Enunciación. Hay teorías que nos permiten pensar en los dispositivos enunciativos presentes en los discursos, como por ejemplo, la teoría de la enunciación y la teoría de la polifonía en la lengua. Sus aportes son centrales para el análisis del discurso político, pero no nos dan herramientas que permitan definirlo.

Pensamos que es posible articular estas marcas discursivas, predominantemente representadas por deícticos de persona, con elementos generales que contribuyen a la definición e identificación del locutor en términos retóricos. Hablamos de un análisis conjunto entre el tipo de dispositivo enunciativo y la construcción particular de ethos que se identifique en el discurso. Allí podremos observar diversas imágenes de sí que proyecten los enunciadores en sus discursos, vinculadas al campo político o a la llegada al mismo y distintos desempeños y trayectorias en los procesos de construcción de colectivos sociales.

Para Maingueneau (2002), la importancia de esta figura radica en que el borramiento del enunciador no impide caracterizar la fuente enunciativa en términos del ethos. No se trata,

entonces, solo de un medio de persuasión, sino que es una figura que se concibe como parte pregnante de la escena de enunciación.

- **Destinación.** En este punto, suponemos central el avance de Verón que antes describimos, respecto de la triple destinación de los discursos políticos. Este podría complementarse con otras figuras que especifican las funciones del contradestinatario como encubierto, indirecto (García Negroni, 1988) o directo (Montero, 2011).

-**Polemidad.** Como varios de los autores que revisamos reconocieron, la dimensión polémica en el discurso político es uno de los rasgos típicos, mediante los que se construyen posicionamientos, a partir del establecimiento de fronteras negativas que determinan un nosotros y un ellos; un amigo y un enemigo.

La polémica se vincula la guerra, según la etimología griega del término. Así entendida, se define como tipo de discurso pasional, persuasivo y, en este sentido, explícitamente (y necesariamente) asumido por su enunciador. (Kerbrat Orecchioni, 1980)

Se construye a partir de la introducción de voces ajenas en el discurso, a las que el enunciador se opone y, desde esa postura, reafirma su identidad política. Este rechazo puede asumir diversos grados de radicalidad, de acuerdo a la distancia que asume el enunciador respecto de las voces de los otros. Puede ser total, a partir de la construcción radical de un otro negativo mediante una frontera antagónica⁷ (Laclau y Mouffe, 2004) que permita una refutación y resemantización del discurso adverso. Pasando por otras formas que se separan de lo ajeno en menor medida, como por ejemplo la ironía, el sarcasmo o la oposición argumentativa.⁸ En términos políticos, podría pensarse en una relación amigo/enemigo democrática que “domestica” al antagonismo denominada por Mouffe (2007) como *agonismo*. Este no anula el conflicto, pero si reconoce la legitimidad de los oponentes, planteando la relación de manera adversarial.

El discurso del otro solo ingresa en el propio, a partir de un proceso de “traducción”, en el marco de un “simulacro”. Dice Maingueneau:

⁷ El antagonismo es para Laclau y Mouffe el mecanismo mediante el que una formación discursiva se significa a sí misma y se constituye como tal. Provee la posibilidad de transformar “los límites en fronteras, constituyendo una cadena de equivalencias que construye a lo que está más allá de los límites, como aquello que ella *no es*. Es solo a través de la negatividad, de la división y del antagonismo, que una formación puede constituirse como horizonte totalizante.” (2004: 188)

⁸ Retomo esta clasificación de Montero, 2011.

La polémica aparece así como una especie de homeopatía pervertida; introduce al Otro en su recinto para conjurar mejor la amenaza, pero este Otro solo penetra anulado como tal, simulacro. Mantiene entonces un vínculo doble con el simulacro: en sí misma no es otra cosa que un simulacro de guerra (...) una guerra de papel, en la cual no deja de traducir al Otro en su simulacro. (1984)

Para Plantin (2003), hay en este tipo de discurso una “orientación argumentativa de la palabra polémica.” Es un nivel que debe ser entendido a partir de una concepción interaccional, atravesada por la divergencia y la confrontación de puntos de vista y no como algo uniforme y lineal.⁹ En la base de toda situación argumentativa hay una contradicción, hay divergencia de puntos de vista, oposición, duda y formación de preguntas, es decir, polémica, sostiene el autor.

Dimensión política

Determinando ciertas particularidades a nivel textual, lo que hacemos es restringir las características del material que buscamos categorizar, pero aún persisten las indefiniciones. Digamos que, si nos guiamos por los elementos analíticos que antes mencionamos, es posible aún, comprender al discurso periodístico como discurso político. En él encontramos importantes dispositivos enunciativos y proyecciones éticas (puntualmente en notas de opinión), operaciones de destinación y rasgos fuertemente polémicos.

Por eso precisamos avanzar hacia perspectivas ajenas a las teorías del discurso que nos permitan dar una mayor inteligibilidad a la discursividad política. Nos basamos en la noción de “condiciones de producción” de Verón para pensar que un discurso político tiene que ver, también, con determinado proceso productivo vinculado al campo político (aunque no necesariamente con las instituciones políticas tradicionales), que deja huellas en sus productos textuales.

Puntualmente nos referimos a condiciones vinculadas a las ideas que recortábamos de Bourdieu en torno a la legitimidad de la palabra pública (y su consecuente capacidad adquirida para ejercer violencia simbólica) y el tipo de vínculo que el portavoz construye con sus

⁹ Plantin (2003) critica la predominancia de los análisis que privilegian los aspectos persuasivos de la discursividad política, mediante los que la finalidad es la cancelación del conflicto y el logro de consensos. Sostiene que esta postura adjunta factores negativos al debate polémico, pensándolo como una forma de debate rica en paralogsismos.

representados. Ambos aspectos generan las condiciones para construir e imponer modos de ver el mundo políticamente, es decir, de constituir grupos sociales.

Dimensión social

Delineamos entonces un discurso político a partir de ciertos rasgos textuales y condiciones de producción específicas vinculadas con los espacios de legitimidad y el tipo de vínculo representacional que genera con el grupo al que interpela/construye. Sin embargo, consideramos necesarias otras precisiones para trazar fronteras.

Enmarcados en nuestra actualidad política, pensamos que la intervención de Clarín en el espacio público construye su discurso con las mismas características lingüísticas que el discurso político. Lo hace desde un espacio de poder que le otorga la posibilidad de influir, a partir de constituirse como medio de comunicación legítimo y establece vínculos particulares (en contextos de radicalización de su vínculo negativo con el kirchnerismo) con sus lectores, quienes se sienten representados por sus ideas.

Sin embargo, desde el punto de vista sociológico, hay algo que estos dos ámbitos de construcción discursiva no comparten y es el tipo de colectivos que logran construir, sobre todo, en lo que refiere a su perdurabilidad en el tiempo y su composición. Tal como veíamos con Bourdieu y con Latour, la condición de politicidad de la palabra política es la constitución de agregados sociales y, en línea con Verón (1998), asociados a la “gestión de largo plazo”. Los colectivos identitarios de largo plazo se construyen, a partir de una estructura argumentativa orientada a la formulación de reglas. Pensando en las sociedades democráticas, Verón asume que el consenso de los intereses es el postulado de una convergencia en el futuro de esta gestión de identidades colectivas. Esta es del orden de la terceridad, es decir, de las convenciones simbólicas. El discurso político conlleva como eje central la construcción argumentativa de un proyecto, a diferencia del discurso mediático que es lugar de construcción de colectivos asociados, en el corto plazo, al imaginario de lo cotidiano y a los comportamientos del consumo.

La posibilidad de construir estos colectivos tiene que ver también con que ciertos significantes, que Laclau denomina “significantes vacíos”, puedan articular particularidades vinculadas entre sí por una cadena equivalencial, y asumir el rol de una universalidad hegemónica.

Esta lógica puede ser una de las hipótesis¹⁰ para pensar la generación de colectivos a partir de operaciones discursivas que reúnan particularidades en una generalidad.

En síntesis, proponemos una hipótesis en torno a la definición del discurso político como tipo discursivo multideterminado. Esto quiere decir que lo podemos concebir, en primer lugar, en su materialidad, a partir de ciertas operaciones significantes que lo definen como producto discursivo. También como parte de un proceso productivo, generado desde condiciones políticas de producción relativas a la legitimidad y el vínculo de representación. Y, por último, en relación a ciertas condiciones de reconocimiento (o predicciones en torno a estas, inscriptas en la superficie de los discursos), que performan colectivos sociales de largo plazo.

3- La politicidad de los medios

De acuerdo al planteo que venimos construyendo respecto del discurso político, queda claro que buscamos romper con aquel observador de primer orden, consumidor pleno del discurso de los medios de comunicación, que concibe al discurso periodístico como un adversario político de los gobiernos kirchneristas. No porque no se inserten en una encarnizada polémica con el poder político, ni dejen de defender intereses de ciertos sectores, sino porque la construcción de su participación discursiva en el espacio público responde a lógicas diferentes a nivel de la discursividad.

Vemos en planteos como el de Charaudeau (2002) que toda esfera de acción social se organiza de acuerdo con un dispositivo comunicacional distintivo:

1) La política está motivada por el anhelo de ocupar el poder y mantenerse en él, sin proclamarlo explícitamente. El discurso político justifica la posición que permite ejercer el poder, es decir, legitima a quienes lo poseen y ejercen.¹¹

¹⁰ Arditi (2007) sostiene que existen otras formas de articulación política, “post-hegemónicas”, tras criticar la pretensión expansiva de la teoría de la hegemonía de Laclau y Mouffe. Dice que, si bien desde el paradigma post-fundacionalista plantean la no esencialidad de los procesos políticos, la lógica hegemónica termina siendo la condición esencial de la política y, por ende, necesaria. Hay dos variantes de prácticas políticas no hegemónicas: 1) la política de la multitud (identifica los momentos en que hay emergencia de la multitud - muchos en tanto muchos-, pero no necesariamente como producto de articulaciones equivalenciales; puede haber protesta, pero no contra-hegemonía). 2) La política viral (alternativas que no adoptan el formato de pueblo vs. Estado; pone en movimiento grupos e iniciativas colectivas cuya conexión es a través de redes, sin la necesidad de una estructura de mando central)

2) La ciudadana interpela el poder del Gobierno, desde sindicatos, corporaciones, grupos étnicos, etc.

3) La mediática. La porción de ésta que se incorpora a la política, está motivada por intereses económicos, pero el discurso que la justifica alega su deber de informar y promover un debate democrático, de tal manera que sea reconocido su derecho a relatar el acontecimiento político, a comentarlo, e incluso, a denunciarlo.

Nos arriesgamos a decir que la confusión entre los dos campos discursivos comporta dos posibles niveles de análisis. En primer lugar, dar cuenta de la imbricación de los campos político y periodístico y sus respectivos agentes en un acelerado proceso de mediatización de la política. En otro plano, identificar en la textualidad del discurso periodístico elementos que le dan politicidad a la palabra política.

Se desarrolla, a nuestro entender, una doble dinámica entre los gobiernos kirchneristas y los medios de comunicación que consiste en la mediatización de la política y la politización del discurso mediático. Este último aspecto se define en dos sentidos: uno tradicional, vinculado a la arena política, como la instancia en que ciertos medios irrumpen como actores políticos, posicionándose como opositores o aliados del Gobierno; por otro lado, en tanto desnaturalización de sentidos, a partir de la problematización y puesta en debate de los procesos de producción discursiva de la política y los medios.

En el primer movimiento de esta dinámica, la política adquiere cada vez más las lógicas productivas de los medios de comunicación. Este proceso es bien caracterizado por Verón, quien refiere a una crisis del campo político que se explica, en parte por el avance acelerado de los medios (sobre todo la TV) como productores de la actualidad, pero también por la pretensión de los actores políticos de adoptar las lógicas de una comunicación política subsumida al marketing. Esto quiere decir que, “en la mediatización de lo político, es lo político lo que ha perdido terreno en relación con los medios: tratando de lograr el dominio de los medios a toda costa, los políticos perdieron el dominio de su propia esfera.” (1998: 230)

Por otra parte, nos encontramos con medios de comunicación que pueden pensarse con la ya clásica categoría de “actores políticos” (Borrat, 1989), con capacidad de influir en la disputa por

¹¹ El dispositivo fundamenta al discurso político: “en la soberanía, lo cual explica que el objetivo de la instancia política consista en inscribirse en ella, obteniendo la legitimidad que le conferirá la autoridad para actuar en nombre de esa misma soberanía.” (Charaudeau, 2002: 120)

el poder, pero no como productores de discursos políticos.¹² Pueden erigirse como opositores políticos o adoptar los preceptos de determinados sectores gubernamentales e intervenir en sus campañas políticas, pero no pelear en tanto actores mediáticos por obtener el poder político.

Es en la intervención directa en estas disputas políticas y alineamientos, también, que los discursos mediáticos adoptan muchas de las características lingüísticas que usualmente se vinculan al discurso político. Este procedimiento constitutivo es el que denominamos politicidad de los discursos. Estos no son políticos, ya que no se estructuran a partir de los tres aspectos definitorios que mencionábamos antes, pero sí incorporan cierto lenguaje estratégico en común que les permite dirimir sentidos en el espacio público y ser parte generadora de lo que Bourdieu denomina las luchas simbólicas del campo político.

Hablamos de las construcciones de ethos, el establecimiento de múltiples destinaciones, y las dimensiones polémicas del discurso, a partir de incorporar las voces del poder político como la alteridad o como lo propio.

4- Lo mediático de lo político y lo político de lo mediático

El recorrido que planteamos debe ser interpretado como una gran hipótesis, entendida como tránsito a tientas, por algunas de las interpretaciones del rol político del discurso de la prensa gráfica en el espacio público. Para poder aproximarnos a este núcleo problemático, consideramos clave aportar a la discusión en torno a qué entender como discurso político.

Retomando los interrogantes iniciales, reconocemos como político en el rol de los medios, cierta politicidad vinculada a la adopción de elementos definitorios del discurso político en su textualidad, además de su ya conocida participación activa en debates públicos. Hay un tercer factor que no desarrollamos, pero hace a la construcción de este escenario, que es la confrontación directa y explícita manifestada Néstor y Cristina Kirchner respecto del discurso de los medios como enemigos y opositores de su gestión.

¹² La categoría de Borrat busca describir el desempeño de los periódicos en el espacio público, independientemente de los poderes del Estado. Tiene que ver más con una concepción ilustrada de la esfera pública en la que, por medio de los debates públicos, se ejerce influencia en las decisiones políticas. Para Verón (1998), este tipo de prensa, cuyo contrato de lectura implicaba hasta mediados de los '80 una dimensión política, se vio debilitada a partir de la irrupción de la TV y el acelerado del proceso de mediatización de la política. Sin embargo, el contexto actual mencionado permite recuperar esta noción, para entender la intervención de los discursos mediáticos en la política.

Como idea final (que no pretende ser un cierre) decimos que los principales periódicos que han radicalizado su oposición a la gestión kirchnerista, desarrollan su discurso de acuerdo a lógicas que poco tienen que ver con la política y mucho con una sistematicidad empresarial regulada por intereses económicos. Esto hace compartir ciertas operaciones discursivas mediante las que disputan sentido con la política (y entre los mismos medios) y que podemos abordar con herramientas teóricas también semejantes. Sin embargo, no debemos perder de vista que sus condiciones de emergencia son divergentes.

5- Bibliografía

- Amossy, R. (2001): "Ethos at the crossroads of disciplines: rhetoric, pragmatics, sociology", *Poetics Today* 22: 1.
- Arditi, Benjamín (2007) "Post-hegemonía: la política fuera del paradigma post-marxista habitual", *Contemporary Politics*, Vol. 13, No. 3.
- Authier-Revuz, Jacqueline (1984) "Heterogeneidades enunciativas", *Langages* N° 73, Marzo. (Trad. Diana Battaglia)
- Borrat, Héctor (1989) *El periódico, actor político*, Gedisa.
- Bourdieu, Pierre (1984) "Espacio social y génesis de las clases", en Bourdieu, P. (1990), *Sociología y cultura*, (pp. 281-309). México: Grijalbo.
- (1984a) "La delegación y el fetichismo político", en (1996) *Cosas Dichas*, Barcelona, Gedisa.
- (1986) "Espacio social y poder simbólico", en *Cosas Dichas*, Gedisa, Bs. As. 1988.
- Charadeau, Patrick "¿Para qué sirve analizar el discurso político?", *Designis*, N° 2. Barcelona (pp: 109-124)
- Chilton, Paul, Schaffner, Christina (1997) "Discurso y política", en *El discurso como interacción social*, Barcelona, Gedisa.
- Fabbri, P. y Marcarino, A. (2002) "El discurso político", *Designis*, N° 2. Barcelona (pp: 17-32)
- Fernández, Mariano, de Diego, Julia, Gindin, Irene y Lüders, Tomás (2011) "El discurso político más allá de las instituciones del Estado: controversias conceptuales y problematización de las condiciones sociales productivas", *Debates Actuales de la Teoría Política Contemporánea*, CIECS-UNC. 29 y 30 de Julio. (Disponible en: <http://teoriapoliticacontemporanea.blogspot.com/2011/07/el-discurso-politico-mas-alla-de-las.html>)
- García Negroni, María Marta (1988) "La destinación en el discurso político: una categoría múltiple", en *Lenguaje en Contexto I* (1/2), 85-111.
- Kerbrat-Orecchioni, Catherine (1980) "La polémique et ses définitions", *La parole polémique*, Lyon, PUL.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2004) *Hegemonía y Estrategia Socialista*. FCE, Bs. As.
- Latour, Bruno (2003) "What if we talked politics a Little?", *Contemporary Political Theory*, 2, (143–164).
- Luhmann, Niklas (2005) "Observación de primer orden y observación de segundo orden", *El arte de la sociedad*. Herder, México.

- Maingueneau, Dominique (1984) "La polémica como interincomprensión", *Genèses du discours*, Mardaga, Bruselas. (Trad. Hernán Biscayart)
- (2002) "Problemas de ethos", *Pratiques* N° 113/114, junio pp. 55-67. (Trad. M. Eugenia Contursi)
- Marchart, Oliver (2009) *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy*, Badiou, Lefort y Laclau. FCE, Bs. As.
- Montero, Ana Soledad (2011) "Sobre los modos de la polémica en el discurso político: aspectos enunciativos y argumentativos", mimeo.
- Mouffe, Chantal (2007) *En torno a lo político*. FCE. Bs. As.
- Plantin, Christian (2003) "Des polémistes aux polémiqueurs", en Declercq, G., M. Murat y J. Dangel (eds.), *La parole polémique*, Champion, Paris.
- Verón, Eliseo (1987) "La palabra adversativa", en *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Hachette, Bs. As.
- (1998) "Mediatización de lo político", en Gauthier, G., Gosselin, A. y Mouchon, J. *Comunicación y política*, Gedisa. Barcelona.